

Un día ya lejano (por fortuna alcancé la edad perfecta de los 50 años) paseábamos, ya en el crepúsculo, en la soledad del Malecón. Hablábamos de política, y trataba él de moderar mis impetuosos propósitos.

Se detuvo un momento y puso su mirada, la de aquellos ojos grandes siempre iluminados por la luz suave de la inteligencia, en la lejanía, donde humeaba un hogar huertano. Emocionado, con serena emoción de poeta, dijo aquellos versos de la *Egloga 1.*<sup>a</sup>

«et iam summa procul villarum culmina fumant  
maioresque cadunt altis de montibus umbrae»

Y luego, separadamente, en maravillosa charla, me inició en el conocimiento del infinito poeta del más humano de los poetas. Virgilio acompañaba la vida de Baquero como de otra forma acompañó al Dante en su peregrinación maravillosa.

Era D. Andrés un espíritu virgiliano.

Sus ojos y sus gestos expresaban siempre, y también por veces su conversación, esa inmensa melancolía del vate mantuano, que es tal vez la huella indeleble que deja en los grandes espíritus la conciencia de la inanidad de la vida, el contacto entre el ideal o los ideales y la pequeñez de los hombres, a veces de la propia pequeñez.

Era virgiliano porque sentía todos los estremecimientos que el misterio del destino humano y las pasiones humanas mueven en las almas selectas, pero los expresaba serenamente, dominándoles, poniendo, en la expresión el límite que es la mayor gloria del poeta romano.

Sus mocedades al lado del gran Cánovas, que fué su protector porque conocía sus dotes intelectuales y morales, presentaron en su horizonte un bello porvenir de ambiciones; y a todo renunció por el amor que le inspiraba Murcia.

.....  
Destacó como hombre de ideas, junto con Antonete

